

Conferencia

10 Edición de la Semana de la Ciencia

*EL ENEMIGO CIENTÍFICO*

*LA CIENCIA ENTRE EL HOMBRE Y LA ESPECIE*

*Montserrat Huguet*

Universidad Carlos III de Madrid

MUSEO REGIONAL DE CIENCIAS NATURALES

ALCALÁ DE HENARES, 8 DE NOVIEMBRE DE 2010

## I. CIENCIA, EVOLUCIÓN Y DECADENCIA<sup>1</sup>.

No había comenzado aún el siglo XX cuando ya buena parte del mundo desarrollado se dejaba encandilar por la fuerza de un pensamiento singular: la ciencia y la técnica permitían al hombre controlar la Naturaleza, modificarla a su antojo.

En la segunda mitad del siglo anterior, se había pretendido que la ciencia era con mucho la más elevada de las formas culturales que jamás había elaborado el hombre.

La Gran Exposición Universal celebrada en el Palacio de Cristal de Londres en 1851 conectaba la potencia del Imperio Británico con naciones y colonias de todo el mundo, mostrando que la piedra angular del sistema era la capacidad tecnológica del Imperio<sup>2</sup>.

*“Los efectos de la ciencia influían mucho más allá de su campo específico... más allá de esos preciosos pero demasiado técnicos problemas con los cuales, de momento, no nos proponemos molestar al lector...”*<sup>3</sup>

La deriva hacia una peligrosa simplificación de las tesis evolucionistas<sup>4</sup> que componían el centro de la fe científica sugería sin embargo que incluso el progreso - suma infinita de mejoras que eleva al ser humano hasta cimas insospechadas- tenía fin.

*Implicaciones sociales.-*

El pseudo científismo finisecular pretendía que el desarrollo extremo de las sociedades avanzadas había roto el *equilibrio* llevándolas a su corrupción y a la decadencia de una civilización que poco antes había sido excelsa<sup>5</sup>.

Qué mejor prueba de ello que la trasgresión de las convenciones sociales.

Un conjunto de terribles males sociales mostraban el daño al que conducía la vanidad del hombre al creerse que por tener la ciencia en sus manos guardaba la llave de la creación.

Como si aquellas fueran las mejores prendas de su compleja personalidad, se ofrecían las cuitas amorosas (obviamente homosexuales) del poeta Oscar Wilde como expresión de la quiebra de la paz de los círculos bienpensantes.

Entre los años ochenta y el comienzo de la Segunda Guerra Mundial, una especie de resplandor alumbraría las vidas uniformes de los caballeros, que lucirán la condición heterogénea de su masculinidad primero con timidez y más tarde con innegable vanidad<sup>6</sup>.

---

<sup>1</sup> Algunos de los contenidos de esta primera parte de la conferencia pueden leerse en HUGUET, M.: *Historias rebeldes de mujeres burguesas, 1790-1948*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2010.

<sup>2</sup> AUERBACH, J.A., HOFFENBERG, H.: (EdS): *Britain, the Empire, and the World at the Great Exhibition of 1851*, UK, Ashgate Publishing Limited, 2008.

<sup>3</sup> WELLS, H.G.: *Ann Veronica*, (1909), Op. Cit., p. 145.

<sup>4</sup> HODGE, M.J.S.: *Before and After Darwin. Origins, species, Cosmogonies and Ontologies*, UK, Ashgate Publishing Limited, 2008.

<sup>5</sup> BURROW, Jh.: *Evolution and Society, A Study in Victorian Social Theory*, Cambridge University Press, Cambridge, 1966.

<sup>6</sup> UGOLINI, L.: *Men and Menswear. Sartorial Consumption in Britain. 1880-1939*, UK, Ashgate Publishing Limited, 2007.

Lo peor que podía decirse de un genio moderno como Nicola Tesla no era que sus experimentos fueran fallidos, sino que no se le conocían amores femeninos y que permanecía soltero pese a su buena apariencia y encanto personal.

Junto a la evidencia pública de la homosexualidad, en las postrimerías del Victorianismo<sup>7</sup> la afrenta pública que suponía cualquier tipo de transgresión apuntaba con furia a las así llamadas *nuevas mujeres*<sup>8</sup>, que eran vistas con recelo e irascibilidad. “*Así pues, en cierto sentido el movimiento de la “nueva mujer” señala una reversión a un tipo más genérico de carácter humano o a una expresión menos diferenciada de la naturaleza humana*”<sup>9</sup> —escribía el sociólogo Veblen.

Ellas, que no eran pocas, defendían la causa del sufragio femenino ante un público selecto en recintos cerrados y en la calles. Como si el derecho de votar fuese a poner fin a todos los desmanes que padecían en privado, se exhibían furiosas o sufrientes ante una masa que, desconcertada por el alboroto, las tildaba de irresponsables o locas.

Defenían además causas más triviales, como por ejemplo el uso de pantalones (Las prostitutas se distinguían de las mujeres decentes precisamente por exhibir sus pololos en público), sin por ello ser tachadas de indecorosas, o la práctica de ejercicio al aire libre aligeradas de pesadas enaguas y batas.

A finales del XIX, la conciencia general atribuía una mayor tendencia a la falta de decoro en la naturaleza de las hembras que en la de los varones.

Si la fealdad resultaba escandalosa, hasta las bestias hacían uso del decoro: “*A veces, cuando en un estrecho sendero me cruzaba con una figura femenina vestida de blanco y un súbito arranque de valor me permitía mirarla a los ojos, descubría, con tremenda repulsión, que sus pupilas eran achinadas y, al bajar la mirada, apreciaba la uña en forma de garra con que sujetaba su informe envoltura. (...) estas extrañas criaturas —me refiero a las hembras— parecían instintivamente conscientes de su repulsiva fealdad, y mostraban en consecuencia una preocupación más humana por el decoro en el vestir*”<sup>10</sup>.

Pero, la bestialización de la especie humana, o la fallida humanización de las bestias si se prefiere, provocaba que “*Algunos —primero las hembras, según observé con cierta sorpresa— comenzaron a hacer caso omiso de las normas del decoro, casi siempre deliberadamente. Otros incluso se rebelaron en público contra la institución de la monogamia*”<sup>11</sup>, según explicaba el único superviviente de la Isla del Dr. Moreau, en la que habitan monstruosas bestias humanizadas por obra de las modernas y controvertidas técnicas de la vivisección.

Si la evolución de las especies era un dato incuestionable, por qué no la regresión.

En la isla del Dr. Moreau la regresión de las bestias humanizadas a su condición original se hacía evidente principalmente en las hembras. El horror ante lo artificial —y

---

<sup>7</sup>YOUNG, R.M.: *Darwin's Metaphor, Nature's Place in Victorian Culture*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.

<sup>8</sup> Rastreando en los anaqueles de las librerías de viejo podemos toparnos con algún manual de instrucciones para la Nueva Mujer. Ver TOLLINCHI, E.: *Los trabajos de la belleza modernista (1848-1945): ideas fundamentales*, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 2004.

<sup>9</sup> VEBLEN, Th. B.: *Teoría de la clase ociosa*, (1899), Op. Cit., p. 367.

<sup>10</sup> WELLS, H.G.: *La isla del Dr. Moreau*, (1896), Op. Cit, p. 110.

<sup>11</sup> WELLS, H.G.: *La isla del Dr. Moreau*, (1896), Madrid, Alianza Editorial, 2003, p.160.

las mujeres de apariencia bestial lo son- se incrementaba cuando el sujeto era una hembra.

El problema de fondo radicaba seguramente en que a finales del siglo XIX las mujeres, con sus particulares e histéricas rebeldías, contribuían a fomentar los inquietantes conflictos políticos y sociales instigados por grupos de indeseables, trastornados y débiles; pero sobre todo promovidos por los pobres que, con su reproducción incontrolada, alteraban el equilibrio social de un sistema que, habiendo culminado supuestamente, era tenido por perfecto e intocable.

El doctor Moreau, que modelaba a sus bestias cuan fanático creador de seres humanos imposibles, creía haber despejado al fin la incógnita de la vida, si bien el producto de su obra, carente de objetivo alguno, estaba tan lleno de desasosiego y horror como lo estaban las mismas sociedades alteradas por los efectos perversos del maquinismo y de la técnica en general.

Los habitantes de Colorado Springs (1899) rezaban al cielo ante las convulsiones de la atmósfera y el suelo por obra de los misteriosos experimentos de Tesla con la electricidad.

En esta era de la técnica y de las ciencias biológicas en Europa y en América proliferaban los orfanatos –desecho de niños indeseados, despreciados y pretendido alivio en la comunidad ante la presión infantil en las calles. Los obreros, como las alimañas, se reproducían sin control.

La obscena tradición del trabajo infantil<sup>12</sup> (obscena nos parece hoy) en minas, talleres y manufacturas adquiría un tinte de moderno reformismo social en las casas de mendicidad y en los manicomios.

En todos estos lugares, atiborrados de niños y de otras criaturas miserables- se encumbraba la Ciencia mediante el uso de prácticas médicas vinculadas a la eugenesia.

Gobiernos y científicos observaban con mirada escrutadora la explosión de *anormalidades* -los desheredados constituían la principal cantera donde hallar anomalías-, pretendiendo leer en ellas toda la degradación de la humanidad condensada en la moderna especie humana.

Si a lo largo del XIX –herencia del encumbramiento del hombre de finales del siglo XVIII- se había desarrollado la curiosidad por los detalles más nimios acerca del carácter humano, analizados y descritos hasta límites exasperantes en textos y creaciones literarias, la observación metódica finisecular se ocupaba de los rasgos físicos y de la capacidad inteligente de los individuos tomando como referencia un conjunto de parámetros constatables a simple vista.

El resultado de los estudios permitía decidir quien era y quien no apto para seguir vivo y, lo que era más importante, para formar parte de la sociedad.

Si la norma era el hombre blanco de origen anglosajón, quizá norteamericano en general, el alejamiento del patrón empujaba a la marginalidad.

Del irlandés al egipcio, pasando por el cantonés, el alejamiento de la norma y de la supuesta pureza se castigaba con la exclusión del sujeto, primero del imaginario colectivo, luego de sus representaciones y finalmente de la vida misma.

Los diferentes no solo eran raros, sino que producían un enorme recelo. Se entendía que los lisiados y los tarados mentales eran enfermos que testimoniaban la

---

<sup>12</sup> HONEYMAN, K.: *Child workers in England, 1780-1820*, UK, Ashgate, 2007.

degeneración de la especie y que esta procuraba anomalías hereditarias que debían ser corregidas con arreglo a recias políticas gubernamentales con el fin de preservar cierta pureza y rectitud en el aspecto general de las gentes.

Se trataba pues de una cuestión de orden y de higiene.

*Eugenesia.*-

Acciones más *decididas* que la piedad correctora del cristianismo pudieron verse en Europa en el tránsito de los siglos XIX y XX.

Durante el último tercio del siglo XIX se había inaugurado en Gran Bretaña un movimiento denominado eugenista<sup>13</sup>, inspirado en alguno de los coletazos de las tesis acerca de la selección natural de las especies.

En 1904 Francis Galton leía en la London School of Economics ante la recién creada *Sociological Society* una ponencia titulada *Eugenics; its Definition, Scope and Aims*, que llegaría a ser muy popular.

En el texto<sup>14</sup> Galton exponía sus conjeturas sobre el genio intelectual y la herencia de las facultades humanas, en cuya elaboración había aplicado los principios de la selección natural definidos por su primo, Charles Darwin.

Fundada en 1907, inicialmente como *Eugenics Education Society*, la *Eugenics Society* fue una de las primeras y más emblemáticas instituciones favorecedoras del movimiento eugenista.

Entre los seguidores del Galton, en 1910 Winston Churchill, por aquellos días Secretario de Interior, sostenía que los así llamados *débiles mentales* eran un peligro para la sociedad.

Solo quedaba un paso para proferir en alto la creencia de que ciertas ideas - políticas y sociales- consideradas inaceptables formaban parte del conjunto de síntomas de las enfermedades mentales.

En plena era de la confianza en la Ciencia, se abría camino la progresiva convicción de que la vida de las personas era fundamentalmente biológica.

Siendo la Eugenesia<sup>15</sup> una corriente de pensamiento peligrosamente lesiva para los intereses de los más indefensos a los ojos de sus críticos, sin embargo estuvo muy a la moda entre las feministas, especialmente las americanas del primer tercio del siglo XX, que supieron encontrar en ella una fuente de inspiración para dominar algunos de los males que acuciaban a las mujeres desde siempre.

Desde las ideas eugenistas por ejemplo se sacrificaban las libertades reproductivas de los individuos y se justificaba la injerencia política en materia tan privada por el hipotético beneficio de la salud genética de las generaciones futuras, pero sobre todo por la mejora de la salud de las mujeres.

Es comprensible que el tema así planteado les interesara a las modernas feministas, ya que eran las mujeres quienes daban a luz de manera descontrolada a un

---

<sup>13</sup> FARRALL, L.A.: *The Origins and Growth of the English Eugenics Movement 1863-1925*, Tesis Doctoral, Indiana University, 1970.

<sup>14</sup> GALTON, F.: *Eugenics; its Definition, Scope and Aims*, publicado en *Sociological Papers*, 1904, Leplay House, 65 Belgrave Road, S.W., y reimpresa en 1908 en *Essays in Eugenics*. (Eugenics Education Society).

<sup>15</sup> Una historia de la Eugenesia, KEVLES, D.J.: *In the Name of Eugenics*, Harvard University Press, Cambridge, Massachusetts, 1995.

montón de enojosos niños atacados de debilidad congénita cuya mera existencia lastraba la supervivencia de las criaturas más fuertes.

Las mujeres comprendieron que, aunque el control voluntario de la natalidad como tal era un asunto de dudosa moralidad cuya aplicación era del todo intolerable en la época, no sucedía lo mismo con las justificaciones médico-sanitarias que iban a hacerlo posible.

La ley del Estado de Indiana en 1907 obligaba a la esterilización de enfermos mentales, y en 1929 –año universalmente reconocido en la historia por otro tipo de asuntos– un conjunto de leyes similares fueron introducidas en la mayor parte de los Estados de la Unión sin resonancia pública ni demasiada oposición.

En un contexto de crisis profunda como la vivida en los Estados Unidos de América durante el primer lustro de los años treinta, asuntos de esta catadura preocupaban poco a la opinión pública.

Con todo, siendo la eugenesia una teoría social admitida en la Europa y la América de principios del XX como ya he dicho antes, criterios tales como la salud y la higiene de la población se convirtieron en coartadas inteligentes para hacer públicos ciertos asuntos, antes estrictamente privados, y hacer legítima la toma de postura al respecto.

Puede que defender el control de la natalidad bajo el argumento de que las mujeres tenían derecho a decidir sobre su cuerpo fuera algo desproporcionado aún, pero, con su intención eugenésica, la campaña por el control de la natalidad en los años veinte fue una herramienta eficaz para la toma del control de las mujeres sobre su propia biología.

Qué duda cabe que el éxito de las teorías eugenésicas no mermó en absoluto el integrista religioso de algunas sociedades que sugería que cada cual debería prepararse para aceptar su cruz.

Las mujeres parirían cuantas veces señalase el Altísimo, supervisarían la alimentación y el estudio de los chicos, el trabajo de los criados –cuando los hubiere– y aún deberían tener tiempo y ganas para acicalarse y atender labores sociales, sin olvidarse de poner siempre buena cara al esposo, cuya posición –la que fuere– habría de halagarles.

La delicadeza natural de las señoritas se perdía tras los partos pero no importaba porque era sustituida por una pátina de indefinible dignidad: “(...) *tenía cuarenta y siete años y cinco hijos. Era una mujer visiblemente destinada por Dios a ser pelirroja. Tenía la piel en extremo delicada y ajada por los años, y la nariz, recia y majestuosa, salpicada de pecas. Sus ojos verdes lanzaban miradas tan penetrantes como las de un gato. (...) la Providencia debía haber dudado o considerado que una melena explosiva no armonizaría ni con la irreprochable moralidad de la señora (...) ni con su posición, y le había dado un cabello castaño mate que perdía a puñados desde el nacimiento de su hijo menor*”<sup>16</sup>.

*Degradación e higienismo.-*

---

<sup>16</sup> NÉMIROVSKY, I.: *Suite Francesa*, Op. Cit., p. 35.

Durante el XIX había sido norma establecer entre las personas y las cosas una relación asimétrica, según la cual la discriminación y la exclusión constituían situaciones habituales que entraban dentro de lo *natural*<sup>17</sup>.

La obviedad de este tipo de juicios y de los comportamientos que de ellos se derivaban nos parece hoy propia de sociedades enfermas, porque nos gusta pensar que nuestra sensibilidad con relación a la vida de las personas ha variado de rumbo a lo largo del siglo XX y comienzos del XXI.

De hecho, no creo que tolerásemos siquiera poner en duda esta certeza diferenciadora.

En la pirámide social del siglo XIX los últimos que llegaban –a las familias, a las ciudades o a las fábricas–, incluso los que menos fuerza tenían, eran quienes cargaban con las peores jornadas y los menores salarios, quienes recibían antes el despido y seguramente la más intensa violencia del empleador. También, seguramente tardaban menos que los demás en irse a la tumba.

Estar fuera del círculo del bienestar siempre ha sido mucho más probable que estar dentro; ahí afuera la montaña de detritos humanos alcanzaba cotas muy altas.

La legislación higienista de finales del XIX pretendía cortar de raíz la suciedad en los suburbios, no atendiendo a sus causas sino tomando en consideración exclusivamente los efectos desastrosos de la miseria sobre los pilares de la sociedad.

La tentación de suprimir a la gente infecta se vio moderada aún por la certeza de que, sucias o no, sus manos eran necesarias para el desarrollo de las empresas.

De modo que se hizo uso de medidas alternativas como la fumigación en los núcleos de población obrera y marginal y el rapado de cabezas.

Los pobres súbditos de su Majestad así tratados adquirirían el aspecto de convictos muy conveniente a la culpa que se les achacaba<sup>18</sup>.

El paso siguiente lo darían los nazis cuando, al confinar a los judíos de Europa en guetos, anularon entre otros sus derechos básicos a la salubridad y la higiene.

Humillados en su condición de personas, el resultado era una masa informe de sujetos de una especie, la humana, de aspecto inhumano que representaban precisamente aquello de lo que les acusaba el régimen: la degeneración de la raza.

#### *En el culmen del progreso.-*

De sobra es sabido que, bajo la condición de profundos desequilibrios sociales, el Victorianismo se hizo un hueco en la historia por elevar a dogma universal la idea de la superioridad británica sobre otras culturas, naciones y razas<sup>19</sup>.

Los resultados de los profusos estudios naturales, además de antropológicos e históricos, se usaban para justificar el tópico de la culminación del progreso –británico

---

<sup>17</sup> MOSCOVICCI, S.: *Essai sur l'histoire humaine de la nature*, Paris, Flammarion, 1977.

<sup>18</sup> CHESTERTON, G.K.: *Lo que está mal en el mundo*, Barcelona, Acantilado, 2008, despotrica elegantemente del trato gubernamental a la gente de los suburbios, sometida a prácticas higienistas vejatorias.

<sup>19</sup> BOWLER, P.: “Biogeografía y darwinismo social”, en *Ciencias*, oct-dic, nº84, UNAM, 2006, pp.4-13.

por supuesto- a mediados del siglo XIX, un tiempo que se pensaba excepcional culminación de progreso y en absoluto un tránsito hacia algo mejor<sup>20</sup>.

Frente a la ardiente idea liberal de progreso, descabalgada a ratos por la gran autoestima de las naciones ya consagradas en la gloria comercial, una visión justificadora del éxito pretendía dar explicación a la caída y el auge de las culturas por la alternancia de degeneración y mejora de los pueblos en forma de ciclos.

Las naciones imperiales, o sencillamente los grupos sociales que mejoraban su condición, se expandían y conquistaban territorios o ventajas comunitarias y políticas hasta que un nuevo poder o fuerza emergente, surgido seguramente a la sombra del enorme ego del encumbrado, los empujaba y desplazaba definitivamente del primer plano. Estos eran los oleajes habituales que mostraba la historia.

Lo anterior explicaría que después de todo fuera comprensible que, tras el auge supremo de la civilización a mediados del siglo, se produjera el *retorno* al primitivismo incivilizado de la condición humana que, como tal, era forzoso combatir.

Ahí estaba la realidad, brillando con toda su crudeza para corroborar esta tesis; no había más que echar una mirada alrededor para comprobar los efectos inequívocos de la modernidad sobre los sucios y grises paisajes industriales, en el monto creciente de delitos y en la relajación general de las normas de conducta, en la expansión incontrolada de las enfermedades sexuales y la lacra de la mendicidad.

El hombre de fin de siglo, aún admirando los efectos de la modernidad tecnológica sobre la vida corriente, sentía disgusto por el panorama y buscaba a quién culpar.

En el terreno de las relaciones entre sexos y aunque parezca mentira, la modernización tecnológica agudizó la misoginia porque con ella se resolvía la pregunta acerca de por qué los efectos perniciosos de los cambios echando la mirada a los nuevos sujetos de la historia.

La idealización femenina cedió paso al miedo cultural hacia ella en tanto hembra de la especie. Las mujeres, como los pobres o los tullidos, estaban en el punto de mira de la alteración y la degeneración de las costumbres e incluso de la especie.

Salomé, Judith, Salaammbo, Pandora... –todas ellas mujeres lujuriosas y castrantes- espantaban a la clientela bienpensante con sus maneras paganas y morbosas, con su estilo sexual abierto y explícito.

Las jóvenes modelos de los pintores vanguardistas eran criaturas hermosas de condición carnal, analfabeta, e intercambiables entre sí entre los autores como cromos.

En los textos del poeta y novelista Thomas Hardy<sup>21</sup>, se menciona la degeneración hereditaria del grupo, de ciertas féminas cuya fuerza de voluntad –fruto de la educación y de una fe esperanzada e inmovible- es insuficiente para contrarrestar el cierre del círculo que, al orientarla hacia sus orígenes, pone fin a la raza humana.

---

<sup>20</sup> BOWLER, P.J.: *The invention of Progress: The Victorians and the Past*, Oxford, Basil Blackwell, 1989.

<sup>21</sup> AMSTRONG, T.: *Haunted Hardy: Poetry, History, Memory*, Basingtoke, Palgrave, 2000.



El pesimismo de Hardy –se dice que quizá solo comparable al de Zola- tenía mucho que ver con el de las visiones coetáneas y proféticas de Wells (*La máquina del tiempo*, 1895), que al inventar sus monstruos subterráneos, los *Morlock*, pretendió quizá avisarnos del desastre moral hacia el que se encaminaba la raza humana; y seguramente también –ésta vez de manera explícita- con la mítica duplicidad física y moral de Jekyll y Hyde<sup>22</sup>, o con *El mundo perdido*, de Arthur Conan Doyle (1912), que nos conducía hasta los remanentes de las formas primitivas que sobrevivían en la periferia del sistema en descomposición.

Para los visionarios del XIX la duplicidad de esferas privada y pública remitía a mundos interiores y mundos exteriores.

No era casual pues que la interioridad evocase recelo.

La temida oscuridad, como las profundidades en que navegaba el Nautilus de Julio Verne, era reverenciada solo hasta el momento en que uno lograba adentrarse en ella.

En ese momento, identificado el horror en toda su densidad, comenzaba a ser temida. A los Morlock se les alimentaba con tierna carne humana y al capitán Nemo se le nutría con modernos pero inútiles torpedos.

Las mujeres, como los Morlock o Nemo, pertenecían al ámbito de lo cerrado, desconocido.

El trato que recibieran (carne o torpedos), iba a depender únicamente del grado de recelo que provocase en el invasor su descubierta oquedad.

Las naciones dependientes de las potencias no tienen más preponderancia que la que estas quieren darle de acuerdo a sus propios intereses, hasta que un buen día un corrimiento inespecífico de fuerzas ocultas en el fango de las economías o en los límites de las fronteras, las saca a la luz y las pone en la tesitura de tener que actuar sin que las antiguas potencias dominadoras puedan hacer gran cosa por evitarlo.

Igual sucede seguramente con las especies animales o vegetales, algunas de ellas susceptibles de imponerse repentinamente en el ecosistema en el que creen pasar desapercibidas, por el mero azar de una mutación genética que les pasa inadvertida y es del todo ajena a la voluntad de los individuos que las experimentan.

¿Podría acaso la *especie* de las mujeres ser esa nación o grupo a la que un sismo inesperado de la historia eleva a la superficie desde las profundidades?

Los naturalistas herederos de Darwin y de su peculiar obra acerca de la selección natural de las especies podían haber sugerido que las mujeres contaban con inequívocas tendencias adaptativas que las mantenían a flote y que por ello, para sobrevivir o imponerse, no les hacían ninguna falta alteraciones puntuales ni violentas del estado de las cosas.

---

<sup>22</sup> STEVENSON, R.L.: *El extraño caso del doctor Jekyll y Mr. Hyde* (1886), Madrid, Valdemar, 2006.

La irritante seducción femenina como arma social resistía poderosa en la historia y no se detuvo por más que les pesara a las feministas, cuya pasión por el desgarró social era notoria y que por ello mismo fueron conceptuadas como unos sujetos desnaturalizados y horripilantes.

Precisamente porque eran excepción, daban fe de su pertenencia a un género, el femenino, de armoniosas cualidades: *“Una mujer grande, ancha de espaldas. Mejillas coloradas. Pesadas botas cubiertas de barro. (...) La mujer engulle gran cantidad de comida. No habla mucho. Se pone un pesado abrigo y se marcha a su reunión con las botas embarradas. Una feminista (...)”*<sup>23</sup>.

## II. DE LA ESPECIE HUMANA Y EL MONSTRUO.

Ya dije que a medida que la Ciencia fue ganando terreno en el espacio de la experiencia contemporánea, crecía la desconfianza en sus efectos sobre el hombre:

*“La ciencia, ya opresiva de por sí con sus estremecedoras revelaciones, puede resultar quizás el definitivo exterminador de las especies humanas —si varias especies somos—, ya que sus reservorios de inesperados horrores no podrían ser soportados por los humanos cerebros en caso de desencadenarse sobre la tierra”* Porque *“(...) tras el telón de lo conocido asoman atisbos de demoníaca verdad”* —escribió Lovecraft.

El tránsito del hombre a la especie humana estuvo surcado de horrores reales e imaginarios.

La ciencia fue el principal agente de dicho tránsito.

La Medicina, en tanto ciencia referida al cuerpo humano, fue su principal intermediaria.

Ambas, ciencia en general y medicina en particular, adquirieron durante el siglo XIX la forma científica que las acercaba al rango social del que hoy disfrutan.

Por el camino quedó relegado el hombre y surgió la especie.

La Ciencia, aplicada con toda su intensidad al hombre —en el sentido humanista del término— le hacía perder sus cualidades culturales e histórica, deshumanizándole.

Dio, como es harto sabido, lugar a controversias que fueron objeto de agria tensión intelectual en la prensa, a proclamas políticas y a una desbordante creación literaria.

El monstruo se ha vinculado desde siempre a la esfera de la anomalía.

En principio se trató de un ser deficiente, inconcluso, errado, dañino pues e incorregible.

Con el tiempo sin embargo pasó a verse como materia prima —cuerpo y alma— sobre la que aplicar el credo y los recursos del progreso humano. El monstruo podía corregirse o podía crearse.

---

<sup>23</sup> CHEEVER, J.: *Crónicas de los Wapshot*, op. Cit. p. 196.

No considerándose a sí mismo un monstruo, la creación del monstruo por la mano del hombre tuvo además el aderezo del pecado, del pecado de soberbia.

La fantasía y el horror, el culto a lo excepcional, no le han sido ajenos al monstruo. En el presente, los monstruos se han vuelto seres totalmente normales, precisamente porque se estima monstruosidad la homogeneidad de las personas, porque ceñirse a una norma que homogenice es considerado hoy algo totalmente contrario al sentido natural de las cosas.

Siendo pues todos monstruos, por decirlo de algún modo, vocacionales —a partir de la idea de que hay que ser uno mismo bien diferenciado del otro— el status de monstruo se ha quedado sin contenido.

Existe en el lenguaje popular incluso una manera amable de juzgar a un amigo que nos es muy admirado por alguna cualidad concreta: “Felipe: ese monstruo de la repostería”, decimos, por alabar sus virtudes frente al horno.

A todos nos gustaría vernos como “monstruos”, pues de no ser así nos sentiremos amargados ante la desdicha de no ser diferentes a otro cualquiera.

Se nos educa para que así sea. En nuestra sociedad no existen anormalidades porque todos somos anormales. Por eso, decir “monstruo” ya no es decir nada, nada al menos que atraiga el interés del que escucha.

Cosa bien distinta sucede —verdad— con el adjetivo “monstruoso”. Nos gustaría ser monstruos pero detestaríamos ser monstruosos. Porque monstruoso es un calificativo insultante, dañino, que remite al apartamiento social.

Ser monstruoso no equivale a ser un monstruo. De hecho, lo habitual es que los comportamientos monstruosos no emanen de seres que manifiestan monstruosidad como ya he dicho.

Puede que los monstruos convivan en buena armonía, cada cual en su parcela, haciendo ostentación de sus particulares cualidades. El uno, su toque único con el balón, el otro, con su capacidad irracional para discursar sin freno.

Nos gusta tener a monstruos como vecinos: ello eleva nuestro rango. Nadie quiere sin embargo abrir la ventana cada mañana para contemplar al vecino desperezarse y prepararse un café con leche.

Pero esto es hoy. Piénsese en otro tiempo. Imagínense la cara de estupor de los contertulios de un café en el siglo XIX si uno de ellos juzgaba a algún retardado al encuentro con el adjetivo de monstruo, describiendo a continuación la naturaleza de su monstruosidad.

Lo normal en ese caso era la huida en desbandada del grupo al ver aparecer al sujeto/al monstruo por la puerta.

Y es que la loa al monstruo obedecen a un sentir y un comportamiento muy reciente.

La gente antigua de hecho detestaba a los monstruos, los rehuía y apartaba de su vida. Los tenía señalados y marcados para no contagiarse de la anomalía que emanaba sus personas. Los jorobados eran monstruos, al igual que los albinos o las niñas ciegas.

A la gente le gustaba sentirse igual al otro y segregaba de la comunidad a los distintos. Distinto por tener seis dedos en una mano en lugar de cinco, por profesar ritos no aprobados por la comunidad, por haber nacido sietemesino o sencillamente por “parecer” feo, según los cánones de cada época.

Atendiendo al canon humanista de la belleza propio del hombre, había mucho de esperable o lógico en este comportamiento: desterrar al monstruo, matarlo o sencillamente intentar erradicar sus cualidades monstruosas encajaba perfectamente en la lectura humanista de la vida. En la esfera del hombre no cabía la tolerancia.

Habría que acabar con el hombre, en el sentido del humanismo, y dar paso a la especie humana –y con ello a la ciencia- para erradicar unos comportamientos que hoy nos parecen ciertamente inhumanos.

En aquellos tiempos que hoy se nos hacen remotos pero que son muy cercanos en realidad, la monstruosidad era signo del alejamiento del hombre y con ello de su creador. El apego al monstruo era pues inmoral y en consecuencia punible.

La así llamada era de la razón fue haciéndonos contemporizar con los monstruos, aunque al principio y, como se ha dicho, los señaláramos aún.

Además de las razones acerca de la relación entre el hombre y la ciencia en este asunto, existen sin duda buenos motivos para que la monstruosidad se nos haya hecho cotidiana e incluso la hayamos domesticado.

Todo monstruo no lo es en igual medida.

Hay grandes monstruos y monstruos sencillos.

Puede que los grandes sean incluso turbadores por su aparente belleza (me viene a la cabeza inevitablemente la naturaleza monstruosa de Dorian Gray, un ser de belleza incorruptible y alma maligna).

Por otra parte, la apariencia monstruosa –desigual, asimétrica, rota- no tiene por qué albergar necesariamente un alma perversa.

A su manera, Mary Shelley –mujer y creadora del monstruo de Frankenstein- nos enseña que los monstruos tienen un espíritu que les hace hermosos. Y aunque sea a ráfagas fugaces, emana de ellos la ternura de los seres indefensos.

Ser monstruo no equivale a sentirse fuerte.

Según nos hemos ido adecuando al discurso contemporáneo, encontramos que algunos monstruos sufren y que el dolor de sus almas aparece en la mirada con que nos imploran

reconocimiento y aceptación de su particularidad, cuando no piedad por la naturaleza monstruosa que les ha sido dada.

Así que, a fin de cuentas, con la ciencia el hombre descubre que la monstruosidad no tiene por qué ser un castigo divino ante el pecado del hombre, ni siquiera un error de la naturaleza imperfecta, de la Creación.

La Ciencia explica al monstruo y acude ya con sus infinitos recursos para corregirlo.

En un paso más allá, es el hombre quien, reconociendo la imperfección en la naturaleza usa la ciencia para construir al monstruo. En ese instante, el hombre, error de Dios, se equipara con él.

Si Dios, en la figura de su hijo en la tierra, puede aceptar al monstruo tal como es, si lo tolera en sus acciones fuera de la norma y hasta se muestra piadoso ante su indescriptible desdicha... Dios, que no es arrogante, nos enseña la lección de la tolerancia con la imperfección y nos muestra el camino para crear criaturas monstruosas. Nos da en definitiva la Ciencia.

Con la ciencia en la mano, el hombre deviene en especie humana. Deja de ser hombre y se convierte en una especie más del sistema natural, una especie con un arma poderosa, la ciencia, que la acerca a la creación.

Todo está en la naturaleza y es a ella a la que hay que mirar.

La irrupción de la ciencia en la naturaleza se concibe como forma del progreso humano.

Antes de que la ficción hiciera de ella un centro de interés, la monstruosidad fue una inspiración de la naturaleza:

*“La cabeza del animal era la de un ave; el cuerpo, de un lagarto abotagado; la cola alargada, estaba provista de pinchos vueltos hacia arriba, y a lo largo de la espalda combada corría una alta franja parecida a una sierra que producía la impresión de una docena de barbas de gallo puestas una tras otra. (...)*

- *Es monstruoso, y grotesco.*
- *Pero ¿qué es lo que le indujo a dibujar ese animal?*
- *La mala ginebra de taberna, me imagino.*

*(...)- (...) salta a la vista (...) que ese animal existe, y que ha sido copiado del natural”*<sup>24</sup>, escribe Conan Doyle en 1912.

La sabiduría está en la naturaleza, ella explicaría la atracción por la monstruosidad, que humilla la arrogancia del hombre, proporcionándole el equilibrio que necesita para no enloquecer:

---

<sup>24</sup> CONAN DOYLE, A.: *El mundo perdido*, (1912) Barcelona, Alertes, 1993, p. 42-43.

“(…) el Cerdo Hiena (…), al margen de su torpe actitud y lo grosero de sus formas, tenía ante mí, en aquel preciso instante, el perfecto equilibrio de la vida humana en miniatura, la perfecta interacción de instinto, razón y destino en su más simple expresión (…)”<sup>25</sup>, señala Wells a punto de finalizar el siglo XIX.

En nuestra relación con el monstruo, se enaltece la fantasía y el horror, el culto a lo excepcional:

“(…) demonios amarillos, achaparrados, infernales”<sup>26</sup>, por lo general, tipos “(…) dotados de un aspecto algo extraño y repelente (…) cuyo ángulo facial y longitud de brazos provocaban un escalofrío de repulsa en aquellos que se topaban (con ellos por primera vez)”<sup>27</sup>

Y qué decir nuevamente de las mujeres, sujetos alterados del molde original que es el hombre, y monstruosas en sí mismas, por el hecho de ser hembras:

“No obstante, la bestia se manifestaba de cuando en cuando con toda su crudeza. Un hombre muy feo, un jorobado a todas luces salvaje, agazapado en la abertura de una de las guaridas, estiraba los brazos al tiempo que bostezaba, revelando unos incisivos afilados como tijeras y unos caninos brillantes como espadas y acerados como puñales. A veces, cuando en un estrecho sendero me cruzaba con una figura femenina vestida de blanco y un súbito arranque de valor me permitía mirarla a los ojos, descubría, con tremenda repulsión, que sus pupilas eran achinadas”<sup>28</sup>

No ha sido infrecuente que a lo largo de la historia los hombres sacaran de sí sus particulares “monstruos” y, amparados en ellos actuaran a la contra de las supuestas leyes de la naturaleza.

Puestos a ser honestos, el jugueteo con el monstruo ha sido un recurso estilístico muy común en las artes y las letras (por no hablar de la ciencia).

En dichos juegos culturales las formas del monstruo son infinitas.

La historia de la creación artística está recorrida por monstruos prácticamente en todas sus manifestaciones. De las gárgolas medievales a las pinturas de Francis Bacon, pasando por el peculiar arte de Archimboldo, la especie humana ha necesitado expresar la monstruosidad que con él convive porque es parte de sí mismo.

En algunos casos la discreción o la timidez hacen gala de presencia cuando de mostrar al monstruo se trata, en otras, el autor señala al monstruo con el índice de su mano derecha y ya no lo baja.

---

<sup>25</sup> WELLS, H.G.: *La isla del Dr. Moreau*, (1896), Madrid, Alianza Editorial, 2003. p. 124

<sup>26</sup> Texto escrito en 1918 por LOVECRAFT, H.P: “Polaris” (1920), *El alquimista y otros relatos*, Madrid, Edaf-El País, 2009, p.58.

<sup>27</sup> LOVECRAFT, H.P: “Hechos tocantes al difunto Arthur Jermyn y su familia” (1921), *El alquimista y otros relatos*, Madrid, Edaf-El País, 2009, p. 86.

<sup>28</sup> WELLS, H.G.: *La isla del Dr. Moreau*, (1896), Madrid, Alianza Editorial, 2003, p. 110.

Como fuere, en la perplejidad que se ve en el rostro de quien lee o contempla a un monstruo de ficción hay connivencia con el autor. Es fácil reconocer o reconocerse en el monstruo, ya sea Cronos devorando al hijo, ya el doctor Frankenstein visitando parajes helados en busca de su hacedor.

Pero en la historia real es el monstruo colectivo –anónimo, pues- el que se lleva la palma, siendo así que adquiere tintes imprecisos. La ciencia lo ha hecho posible.

Se ha insistido por ejemplo en que la monstruosidad colectiva tuvo en el siglo XX el rostro de la guerra.

En la Primera Guerra Mundial, bajo un sol radiante o en una hermosa tarde de primavera, el barro humano anegaba los campos en flor, infestaba los mares de seres rotos, monstruosos, inhumanos (perdida en ellos la cualidad de la vida).

Eran las trincheras saturadas de personas muertas que se superponían en capas sedimentarias, la locura de la aniquilación en el silencio y la quietud de la vida cuyo decurso imparable semejava la muerte.

*“El tiempo –leemos- permanecía bonacible y durante un número indeterminado de días navegué sin rumbo bajo el sol abrasador, (...). El cambio tuvo lugar mientras dormía. Jamás conocí los detalles, ya que mi sueño, aunque problemático y repleto de visiones, fue ininterrumpido. Cuando desperté, lo hice para encontrarme medio hundido en una cenagosa extensión de infernal fango negra que me rodeaba en monótonas ondulaciones hasta tan lejos como llegaba la vista, y en el que mi bote se encontraba embarrancado (...) La zona era un pudridero de cadáveres de peces descompuestos, así como de otras cosas menos descriptibles que pude ver insinuándose entre el asqueroso légamo de aquella interminable llanura. (...) la indecible abominación (...) parecía asentarse en el absoluto silencio y la estéril inmensidad. No había nada al alcance del oído, ni de la vista, excepto una inmensidad de negro limo; y, sin embargo, la absoluta quietud y la monotonía del paisaje me agobiaban con un terror nauseabundo”<sup>29</sup>.*

Este extracto de un texto fue escrito por Lovecraft en 1917.

El paralelismo entre el cuento de terror y la monstruosidad de la guerra es indiscutible, y no solo porque el protagonista de esta fábula del horror sea un marinero que naufraga durante la contienda, sino porque la aniquilación psíquica que sigue a su particular drama, ubicada por el Lovecraft en un fantasioso escenario del Pacífico, es tan real que solo la ficción nos permite acceder a ella.

El miedo enferma el espíritu del naufrago rescatado que, convaleciente en un hospital en San Francisco, acude a la morfina como huida frente al monstruo –Dagón<sup>30</sup>, el del Dios-Pez de tradición semítica que en el cuento habita los abismos oceánicos- que acosa sus noches.

---

<sup>29</sup> LOVECRAFT, H.P.: “Dagón”(1919), *El alquimista y otros relatos*, Madrid, Edaf-El País, 2009, pp. 26-27.

<sup>30</sup> FELIU, LL. : *The God Dagan in Bronze Age Syria*, Leiden, Brill Academic Publishers, 2003.

En las trincheras, los restos humanos son también Dagón, el monstruo: formas imprecisas que se agarran a las piernas de los supervivientes que avanzan sobre los cadáveres pisando sus vientres.

Pero para llegar a la guerra de trincheras la especie humana tuvo que hacer uso de la Ciencia. Inventar los carros de combate y el mortero, el gas venenoso y la granada de mano, la aeronave y el submarino con sus torpedos.

Nikola Tesla, Marconi o Edison, de la mano de los magnates Westinghouse o J.P. Morgan, inventaban y producían sus artilugios en aras del progreso, y de su peculiar afán de notoriedad.

La idea era democratizar la maravilla de la electricidad, lograr que las ondas llevaran la voz del líder a todos los hogares, en directo.

Así que la desviación de las técnicas hacia asuntos monstruosos por destructivos quizá fuese obra de otros, no de los inventores, pero sin los científicos no hubiera sido posible. Dejémoslo ahí.

Veamos ahora que ha resultado relativamente frecuente tildar de monstruos a muchos que no se pretendieron como tales, por la única y sencilla razón de que guardaban apariencia monstruosa.

Otros, en cambio, que hicieron todo lo posible por actuar con palpable monstruosidad quedan para la posteridad como espíritus mezquinos, más dignos de piedad o compasión que de rechazo.

Entre los primeros figura la historia de los misántropos, que ha sido poco comprendida pues achacamos la ausencia de sociabilidad en el ser humano a desdichas traumáticas o condiciones genéticas singulares.

En el extremo de la torpeza para relacionarse con los demás observamos una suerte de monstruosidad que intentamos corregir, bien con drogas, bien con terapias de todo signo. Ser sociable parece normal. El aislamiento se nos hace monstruoso.

El fracaso en el empeño produce una enorme frustración y por ende el distanciamiento con respecto al paciente, un ser enfermo de egoísmo y soledad que nos ignora pero al que odiamos sutilmente, precisamente porque reniega de nuestra cercanía.

No nos damos cuenta de que ser objeto de atención aunque sea en forma de odio puede representar sin embargo un enorme placer para el monstruo, ya que el odio guarda consigo la posibilidad del temor y del respeto, dos sentimientos que procuran al misántropo calor humano en la distancia.

Pese a que algunos tipos asociales en la historia hayan gozado de una atonía de carácter, muchos otros han puesto un enorme empeño en comportarse como auténticas bestias y sus hazañas “monstruosas”, por despiadadas, provocan aún latigazos eléctricos en la sangre de quien las recuerda.



Para bien o para mal, en la medida en que el hombre pasa a ser especie humana, los monstruos han dejado de ser excepcionales.

Crecen y diversifican sus formas, impregnados de una inquietante cotidianeidad que nos arrastra a la fascinación de contemplarlos y encausarlos cuan entretenimiento fabuloso.

Aunque la moralina silenciosa sugiera que está mal, en el terreno de la tolerancia absoluta, nada ya puede tildarse de excepcionalmente monstruoso.

Comportamientos e identidades borrosas enaltecen al monstruo y lo domestican.

Que la gente insista en implantarse en el cuerpo objetos extraños e incluso utilice el quirófano de forma habitual, no para sanar males sobrevenidos a su naturaleza sino para reformar lo que la naturaleza ha concebido, ya no resulta monstruoso.

*“(...) al estudio de la plasticidad de las formas vivas, he dedicado mi vida. (...) Veo que está usted horrorizado y, sin embargo, no le estoy diciendo nada nuevo. Todo estaba ya en la anatomía práctica hace ya años, pero nadie se atrevió a intentarlo. (...) La fisiología, los procesos químicos de la criatura, también pueden ser susceptibles de una transformación duradera, muestra de lo cual son las vacunas y otros métodos de inoculación con materia viva o muerta (...)”<sup>31</sup>*

Pero el monstruo tiene también su lugar en el corazón de las personas, un lugar cálido y bienpensante.

A la gente le gusta usar el término “*monstruoso*” para alabar el arte o el esfuerzo hercúleo de una hazaña. El artista es –en lenguaje coloquial- un “monstruo”.

De no poder ser nosotros mismos monstruos –pobres criaturas corrientes- elegimos habitar entre ellos, no ocurriéndonos de ninguna manera desterrarlos a islas ignotas tal y como se hacía antaño.

En nuestro mundo el miedo al monstruo está vedado, de hecho está mal visto mostrarse miedoso, desarrollar miedos particulares y arrastrarlos por la vida como el que arrastra una bola de hierro atada al tobillo por una gruesa cadena.

Es tan indigno e insano tener miedo de lo desconocido o de lo diferente que nos avergonzamos de sospechar que a nuestro lado se cuece una conducta turbia o que sus manifestaciones puedan ser excéntricas.

Hostigarlas con una mirada inquisitiva puede ser un acto constitutivo de delito, siendo precisamente objeto de reproche quien insinúa que la diferencia con su semejante no es solo diferencia sino monstruosidad.

Por todo ello nos volcamos en educar bien a los niños, a quienes se les enseña que no han de temer al monstruo porque el monstruo es quien les ayuda y les protege.

---

<sup>31</sup> WELLS, H.G.: *La isla del doctor Moreau*, (1896), Madrid, Alianza, 2003, pp. 92-93.

La película *Monstruos, S.A.* (Pixar, 2001) es un buen ejemplo de ello. Una niña pequeña sucumbe en sueños a la fábrica de los monstruos que ven arruinada su función cuando la pequeña les muestra cómo no solo no les teme sino que además es capaz de encariñarse de ellos. Entonces los monstruos se vuelven seres protectores, tan inofensivos, pese a su deformidad –uno de ellos es una bola con patas de color verde con un solo ojo en la frente, el otro, una especie de enorme diablo azul y peludo- como tiernos. El malo de la película no es el monstruo, sino su inventor, el científico, un ser de aspecto inofensivo e incluso adorable.

Se enseña que nada ni nadie es por sí mismo monstruoso, y que es precisamente de la normalidad de la que deben tener recelo, porque bajo su apariencia se esconden los comportamientos más aviesos: “Nunca te vayas de la mano de un señor amable que te regale un caramelo en el parque”, “Los guapos no son buenos, ni malos los feos”, “El coco no existe” y “Caperucita Roja era una niña díscola mientras que el Lobo Feroz solo hacía su trabajo, comer gente, que para eso es el Lobo”.

Diferenciar al monstruo de verdad entre la multitud que nos aguarda al levantarnos de la cama es una tarea hoy más complicada que lo era antaño.

Hoy igual que ayer, juzgaremos un monstruo a aquel que igualmente puede abrazarnos o asesinarnos sin mediar palabra, y sin embargo mantendremos nuestro juicio en el silencio y nuestra acción reposada, conteniendo el impulso de la autodefensa, por miedo a actuar de forma despiadada o quizá poco comprensiva con la criatura singular.

Amamos al monstruo del doctor Frankenstein como lo amó su autora (1818)

Los escrúpulos de los que hacemos gala constituyen meros remilgos. Con ellos nos apartamos de la naturaleza que “(...) *no ama a los monstruos y se deshace de ellos con “soluciones naturales”*. La naturaleza carece de nuestros melindres y actúa con resolución: “(...) *no es para el monstruo una madre tierna, sino una madrastra. La naturaleza crea al monstruo, pero en vez de apiadarse de él, lo castiga... y con razón*”<sup>32</sup> –sentenciaba Dostoyevsky.

Desde que el hombre es especie humana, vivir en armonía con los monstruos nos ha hecho vulnerables. Una goma gigantesca ha borrado los trazos de la anormalidad, la anormalidad que era –en los tiempos antiguos- la bandera de lo incorrecto o de lo que estaba mal.

El esfuerzo de la vivisección que nos va convirtiendo en monstruos civilizados no alcanza a nuestro entendimiento.

Se supone que los monstruos han de tener sensaciones peculiares que singularizan su experiencia y sin embargo los modernos no tienen conciencia de adentrarse en ningún terreno vedado.

---

<sup>32</sup> DOSTOYESVSKY, F.: *El eterno marido*, (1870), Madrid, Alianza, p. 173.

Antaño era fácil saber que la conciencia de las brujas, más incluso en su verruga en la nariz, las hacía criaturas monstruosas: no en vano, el desgarró de su sensibilidad se les veía en la ropa y en los pelos blancos y enmarañados.

Las brujas se vestían como tales, se las tenía por mujeres degeneradas, rugosas y feas; eran un mapa de suplicios corporales que ningún niño podía mirar sin íntimo sufrimiento.

El mal era evidente, venía del monstruo y, como el villano que era, se iba con él al dársele muerte. Hoy los críos han perdido todo respeto por las brujas, aunque sus mayores se lo hayan ganado, y ciertamente muchas de aquellas señoras taimadas y zafias han anulado sus estigmas corporales pasando por el bisturí.

Resulta además equívoco echar mano de brujas y ogros para infundir miedo a los pequeños porque el miedo principal es el de perder la patria potestad sobre ellos si el padre o la madre les habla de monstruos.

El juez -justiciero de los valores de la infancia- amenazará con quitarles la custodia de los retoños y esto es algo que no trae cuenta. En la burbuja infantil ya no hay monstruos identificables.

En su interior habita Bambi y ya ni siquiera hay espacio para viejos desalmados que raptan niños, aunque los raptan de verdad y hagan con ellos aberraciones innombrables.

Los cuentos de Grimm y Andersen son hoy reliquias delictivas, porque los terrores nocturnos que provocaban han de ser, junto con los llantos, erradicados al igual que cualquier experiencia que contribuya a fijar en las mentecitas tiernas de los niños con tinta indeleble la frontera con la anomalía.

Así, dirían las abuelas, pasa lo que pasa. Donde no hay temor no hay respeto.

Pero respeto ¿a qué? A los monstruos, claro está.

Habría quizá que adquirir un estigma moderno con el que marcar la monstruosidad que, por lo que todos sabemos, ya no está depositada en individuos siameses ni en mujeres barbudas.

Se espera que diga que la monstruosidad vive en las guerras y en los reportajes que escupen barbaridades por la televisión; documentos audiovisuales que consumimos con igual normalidad que la sopa que nos acompaña mientras lo hacemos.

Podemos anticipar que el monstruo ha muerto y así quedarnos tan contentos.

La cercanía al monstruo tenía un encanto que ya no se encuentra en ninguna parte. Era un riesgo estimulante y ciertamente inocente. Pero entre juego y juego al menos era posible tenerlo a raya: nos estimulaba a enjaularlo y lo hacíamos con harto placer,

convencidos de que al actuar contra él completábamos la exigencia de las buenas obras que nos es obligada para ganar el cielo.

De modo que, finalmente, no seré yo quien repita que el monstruo ha muerto. Sería una lástima.

Madrid a 8 de noviembre de 2010